

## CENA FAMILIAR

*José Pablo Camarena*

*Creo que es más bárbaro comerse  
a un hombre vivo que comérselo muerto...  
Esto es más bárbaro  
que asar el cuerpo de un hombre  
y comérselo después de muerto.  
(Montaigne)*

El olor de la carne en plena cocción ya se podía rastrear desde el comedor hasta la olla caliente en la cocina. Iñigo, el primero en sentarse a la mesa, ya había reconocido el aroma del guisado especial que su madre preparaba con vehemencia. Esa noche Iñigo no deseaba comer pero su ración sería cuantiosamente más grande que la del resto.

“¿Dónde está el tarrito de las especias?” gritó para sí misma la madre mientras alargaba una mano elegante, delicada, hacia alguna de las alacenas.

*Iñigo y su mirada clavada en la fina madera ocre de la mesa. Iñigo y su sensación de hastío previa a la cena. Iñigo y su deseo de salir corriendo.*

La madre asomó medio cuerpo:

“¿Podrías decirle a tu papá y a Michelle que vengan a sentarse?” Ya está todo listo—se secaba las manos con un trapo blanco de cocina. “Y quita esa cara, Iñigo, ni intentes arruinar la cena, por favor”

*Iñigo y las fotos familiares. Iñigo y los viajes a Mazatlán. Iñigo y las fiestas de Navidad. Iñigo y la unión rutinaria.*

Todos ocupaban su lugar en la mesa, el padre a la cabecera. La madre a la derecha del padre (como debe de ser y como lo señala la religión). Michelle, la hermana menor, a la derecha de su madre y el triste Iñigo frente a ellas.

“¿Es la salsita que me gusta?” preguntó papá Ignacio y se frotaba, incontenible, las manos. Un observador minucioso hubiera captado la excesiva salivación en la boca del padre, la insultante manera de no poder contener la lengua en su lugar cuando pensaba en la salsa. Las papilas gustativas le ensanchaban la mandíbula hasta la deformación.

“Claro, mi amor. Déjame te sirvo tantito vino antes de que cada quien se sirva lo que quiera comer. También asé unas verduritas y todo, Iñigo, para que veas que también pensé en ti.”

*Iñigo y su joven amor. Iñigo y su juventud. Iñigo y su amor.*

La comida colmaba los platos y el vino comenzaba a circular, deteniéndose unos segundos más en la copa del hijo que, con disimulo, ponía unas gotas extra.

“¿Cómo te fue en la escuela Michelle? ¿Presentaste el trabajo ese de Literatura?” preguntó la madre mientras se llevaba un jugoso pedazo de carne a la boca.

“Sí, lo entregué apenas pero el maestro me lo recibió y ya no pasó nada,” el tenedor de la hija había lanceado, filoso y preciso, un pedazo de carne del que chorreaba una salsa roja, parecida al pomodoro italiano y famoso, pero más espesa. La madre envió una mirada de contención disimulada a la hija, mostrando un regaño velado y una advertencia de no repetir esa actitud mediocre en el futuro.

“¿Y a ti, Iñigo, cómo te fue?”

*Iñigo y su padre enseñándole a manejar. Iñigo en bicicleta por primera vez en el parque. Iñigo y sus carritos metálicos, algunos de fricción y otros no.*

La plática era constante, como en cualquier cena familiar. El mantel se había manchado un poco en el sitio del padre que comía ferozmente, hablando con la boca llena, como cuando dijo:

“No saben lo que pasó hoy con Cristina la secretaria de piso. Llevaba una falda minúscula, como las que acostumbran las secretarias, ya saben. Bueno, pues ahí va la descuidada y tira unos *folders* de esos grandes amarillos que estaban encima de un archivero y cuando se agacha... ¡adiós falda! Un corte tremendo que, obvio, dejó que se le viera todo.”

“Igual de exhibicionista que la mamá de tu novia, Iñiguito, igual de exhibicionista.” La madre miraba con un ojo a su hijo mientras el otro se dedicaba a analizar la reacción de papá Ignacio, quien se quitaba el reloj para poder arremangarse la camisa y así no ensuciarla con el borde del plato.

“Pues como su esposo, presumido hasta el cansancio. ¿Qué tal ese día? No paraba de hablar de su coche nuevo como si un Passat fuera un carrazo. Digo, no es un Mercedes ni un BMW. Pobre, se ahoga en un vaso de agua.” El padre terminó de sorber el líquido rojo de su copa. “Pásame más vino, Iñigo, por favor.”

“Y no sólo exhibicionista, hipócrita también, la señora. Me enteré que tuvo que cambiar a su hijo de escuela porque empezó a inventar chismes de todas las mamás, yo no sé cómo la soportabas, Iñigo, qué fuerza de voluntad la tuya.” La madre arponeó con espléndida técnica un pedazo de carne unido a un par de verduras, todo para saborearlo en un mismo bocado lleno de malas intenciones y demasiado amor propio.

“Qué bueno que te salvamos de esa chavita, no era para ti, Iñigo, la verdad,” papá Ignacio suspendía un pedazo macizo de carne, del que asomaba un hueso un poco blandecido por el calor de la olla a presión.

Cualquiera que hubiera entrado al perímetro del comedor hubiera sentido la pesadez de la atmósfera creada por la combinación del olor intenso de la carne y el sudor del incómodo Iñigo, al que le parecía que las paredes, ya de por sí altas, se cerraban más y más cada vez que tragaba un bocado. Y lo correcto es decir que tragaba, pues no masticaba los retazos, sino que los deglutía.

*Iñigo y su primer beso. Iñigo y su segundo beso. Iñigo y los subsecuentes besos que lo formaron como hombre. Iñigo y la boca inmaculada de su novia.*

“A mí no me caía tan mal, pero no me gustaba para ti,” Michelle sentía cuatro

ojos sobre ella, ningún par era de su hermano. “Era medio... medio aventada, no sé, algo intensa.”

“Pues deja lo intensa, lo cualquiera. Se le veía en la cara. Bastaba con ver a su mamá para conocer sus raíces, la calaña de la familia.” Los dedos llenos de anillos de mamá Patricia se confundían con la salsa roja de la carne, pues ella había escogido varias costillas bien quemadas, las cuales no dudaba en comer con las manos, arrancando a dentazos los trozos más duros, los más pegados al tuétano.

“Sí, hombre, el papá era un nuevo rico cualquiera, pero de educación, nada de nada. Te acuerdas, Mich, cómo vimos que eructó cuando vino a comer. Eso es signo inequívoco de mala educación porque la educación se demuestra en la mesa.”

Iñigo pensaba en ese mismo momento ser maleducado y eructar. Todo lo que había engullido se revolvía en su estómago y faltaba poco para que llegaran las náuseas. Intentaba no pensar. Nunca le había sucedido cosa semejante en las cenas familiares que, por lo regular, eran momentos de plática amena y de sano ensanchamiento.

*Iñigo y sus primeros bocados. Iñigo aprende a comer. Iñigo se acostumbra a la sazón de su madre. Iñigo, irremediabilmente, se acostumbra.*

“Sí, ese vestido morado que traía el día de la premiación la hacía parecer un pulpo,” mamá Patricia se refería a la otra madre, la de—alguna vez en el pasado—novia de Iñigo.

“Y el trajecito gris del papá combinado con sus zapatos azules, qué me dices,”

papá Ignacio no separaba la vista de su plato. Francotirador entrenado, visualizaba la víctima, el pedazo de muslo o lomo, que comería enseguida.

Michelle, tal vez más callada que en otras ocasiones, si eso es posible, mediaba su sensibilidad entre el poder de sus padres y el sufrir de Iñigo, su hermano mayor, su protector, su maestro. Michelle no podía olvidar esa vez, esa primera vez, cuando Iñigo la convenció de comer ese hígado que tanto odiaba sólo para que su madre no la castigara. Su hermano había utilizado todas las mañas sabidas—incluida la de esconder la comida en una servilleta—para salvar a su hermana del mal bocado, del sabor agrio y vomitivo de ese hígado que su madre todavía no perfeccionaba al salar. El vegetarianismo no era un solución, no en esa casa.

*Iñigo y sus buenas intenciones. Iñigo y su inteligencia. Iñigo y la mala suerte de Iñigo al engendrarse en una familia de tal modo impositiva.*

La mamá recogía los platos y los llevaba a la cocina, acomodando primero los cubiertos y luego las copas.

El cielo raso del comedor amenazaba con caer sobre la cabeza del joven, adolescente, adulto menor Iñigo. Pero las cabezas de los demás estaban salvadas. Alguna evidencia quedaba en las servilletas sobre la mesa, pero nada que comprometiera el sabor que quedaba en las bocas. Lástima que no había más vino para que Iñigo bebiera y calmara esa sed de algo que no tenía nombre pero que lo deshidratava.

Michelle, borrosa. Papá Ignacio, borroso. La vista se le nublaba a Iñigo, tal vez un augurio de su propia vida. Reflexionaba con la lengua y pensaba con los

dientes. La frase de su padre lo despertó de esa somnolencia que llegó a parecer eterna:

“¡Qué rica cenita!” papá Ignacio estiraba sus manos hacia atrás, señal inequívoca de satisfacción.

Michel simulaba ayudar a su mamá, pero había terminado su plato, cosa inusual en ella, y se sentía aletargada.

Mamá Patricia enjuagó por encima los platos para quitar las sobras—que casi nadie había dejado, ni siquiera Iñigo—y regresó al comedor.

Con una mano recargada en la silla de papá Ignacio y con una sonrisa un tanto malévola en su cara, preguntó: “¿Les gustó?”

Papá Ignacio tomó la mano de su esposa y le dio un beso antes de contestar: “Mucho, todo te salió riquísimo.”

La madre, orgullosa, se dirigió al refrigerador y lo abrió. Fue la primera vez en la noche que Iñigo se movió. Inclino su cuerpo hacia atrás para alcanzar a ver mejor el contenido detrás de esa puerta abierta. Vio lo de siempre, algunas bolsas de plástico con brazos, otras que dejaban ver algunas partes de pies y manos. Él sabía que las cabezas se guardaban en el congelador, pues mamá Patricia decía que así se conservaban mejor las partes suaves y, por consiguiente, las más ricas.

La madre ojeó el contenido del frío mueble:

“¿A quién nos comemos mañana? Están los Hernández, los Rizzo..”

*Iñigo y su malestar estomacal. Iñigo y su novia en las tripas. Iñigo y su familia hambrienta. Iñigo y su canibalismo.*

\*\*\*\*\*